

baile Jonathan Girle... y el legista Vaughant... vaya! vaya!

Su sonrisa se volvió más bondadosa y añadió tendiendo la mano á la redonda.

— Palabra de honor, queridos míos, que ya os creía ahorcados á los cuatro.

IV

LA NOVELA DE SIR FRANCK

Los sofistas dividen la población masculina de las Islas Británicas en cuatro clases : el inglés alegre, ó rojo; el inglés triste, atacado de « spleen », ó flaco; el inglés sentimental (*rara avis*); y el excéntrico, ó lunático, el inglés cómico. El inglés alegre pertenece á la clase media, hace comercio. Se le llama así, porque es rojo, goloso y habla siempre de la alegre Inglaterra.

El alderman, Adrián Zephyr era un inglés alegre : buen vientre, cara rubicunda, frente medio calva y coronada por algunos cabellos grises, protestante y liberal, teniendo á veces el valor de confesar sus ideas avanzadas, al terminar una botella de oporto. Honesto como todo comerciante de la cité, es decir, sin hacer asientos falsos en su Diario.

Tal era este íntegro magistrado, aún joven, que había servido de tutor á Dick Crankle y á su sobrina Nanc

Zephyr, huérfanos desde su infancia; lo que le honraba mucho.

Como los principales personajes de nuestra historia pertenecen á esta familia, no podemos menos que presentarlos en unas cuantas palabras.

El viejo Walter Zephyr, murió siendo coronel al servicio de la Compañía de las Indias. Un coronel al servicio de la Compañía de las Indias muere pobre cuando tiene algo; pero ésta no es la costumbre pues que sólo hay que bajarse para tomar. Parece que Walter Zephyr se había bajado, porque sus hijos tenían buenas fortunas.

El alderman Zephyr, que llamaremos simplemente Adrián, hijo mayor del coronel, tuvo para sí, la mitad de las rupias que su padre juntó en la India... bajándose. Estableció una casa de préstamos en Poultry, y llegó á ser la alegría viviente que ya conocemos.

Rowland Zephyr, entró en la guardia de caballería.

Miss Nancy, la tercera, se casó con el teniente Crankle de la marina de Su Majestad.

Nancy era bella, como todos los miembros de la familia (exceptuando al alegre Adrián que parecía dogo de buen humor, cuidadosamente engordado y pintado de rojo); murió joven, así como su esposo que era un verdadero « gentleman ».

Rowland fué muerto en duelo — este duelo fué un asesinato como veremos más adelante — y dejó una huérfana llamada María; los esposos Crankle, por su parte, dejaron un hijo cuyo nombre era Dick.

Nos falta hablar del cuarto hijo del viejo Zephyr,

quien estaba en la India á la muerte del coronel, y no conocía Europa. Este se llamaba Franck.

Cuando su hermana Nancy, y él, eran niños, se parecían al grado de confundirse con sólo cambiar vestidos. Fué creciendo el hijo más joven del coronel, y conservó en su cara la delicadeza de expresión, añadiendo tan sólo cierta fiereza masculina, que le dió muchos triunfos entre las mujeres de Calcuta y Bombay.

Apenas entró al servicio de la Compañía de las Indias, franqueó con facilidad los primeros escalones, y á los pocos años llegó al puesto principesco de Residente de Nepaul.

Este modesto título escondía una autoridad casi real. En la forma el Residente era tan sólo el encargado de negocios de la Compañía en un país aliado, no sometido. Pero el fondo sobrepasaba á la forma. En efecto, esos pueblos aliados no conservaban ni sombra de nacionalidad. El Residente Inglés dictaba las leyes desde su hotel... y el rajah ejecutaba.

Sir Franck Zephyr fué un Residente como otro cualquiera. Reinó pacíficamente y sólo citaremos una particularidad de su misión. Encontrándose en Katmandon, fué encargado de ir á la frontera del puente de Pundjaub por el talismán inviolable de la religión de Scikhs, maravilloso porta-fuego que es ahora inestimable joya de la corona de Inglaterra, el koh-i-noor.

Después de la muerte del rajah Rundjet-Sing, se supo que un sargento inglés se « bajó » y cogió el koh-i-noor del tesoro del príncipe difunto. A lo menos es una versión, porque hay otras muchas.

Otra cuenta que un marino inglés, viajando por Lahor, notó que el ojo derecho de la estatua de Siva brillaba extraordinariamente. Se convirtió á la religión de Scikhs por amor al ojo, y llegando á ser sacerdote, un día huyó con el famoso ojo, es decir: el koh-i-noor.

De cualquier modo que haya sido, fué sin riesgo: la alegre Inglaterra no ha conocido otra manera de adquirir tesoros en la India.

El koh-i-noor, ó Pundjaub, fué entregado, en una caja de sándalo, al Residente Franck Zephyr para que atravesando todo el Delhi, escoltado por una buena guardia, lo condujese á las riberas del Ganges. Allí, los delegados de la Compañía, abrieron la caja para asegurarse de la identidad del diamante, virgen y sin ningún tallado, descargando de toda responsabilidad, por medio de un recibo, á sir Franck, quien se volvió tranquilamente á su residencia.

Sin embargo, la maledicencia trabajaba, se decía que la caja entregada con tanto aparato tan sólo contenía un pedrusco del Brasil. El dios de Sinhhi, el Lucifer, talismán de la gran asociación de los Scikhs, el verdadero Pundjaub, hubiera ciertamente abrasado al Inglés cochino que hubiese osado tocarlo con su mano sacrilega. Los ingleses, ladrones robados, sólo habían llevado de la capital de Lahor un vulgar pedazo de silex.

Por esta época, hacía ya diez años que sir Franck ejercía su autoridad en Nepaul. Se vive doble en ese país para dormir más pronto el sueño de la saciedad... sir Franck dormía ya... y se necesitaba algo más importante que esta fábula para despertarle de su apatía.

Los delegados habían recibido una caja con los sellos intactos; él tenía un recibo; lo demás le importaba poco.

El rumor, fundado ó no, ninguna huella hubiera dejado en él, si poco después el correo de Bombay no le hubiese llevado la noticia de su reemplazo.

Tal manera de obrar no era costumbre de la Compañía, que siempre trataba á sus altos funcionarios con consideración cercana del respeto.

Sin protestar, sin informarse tan siquiera del nombre de su sucesor, hizo su equipaje y marchó á Calcuta.

A su llegada, un miembro del consejo superior le pidió una entrevista... Sir Franck se la otorgó; pero el miembro del consejo superior no iba solo; se hizo escoltar por una centena de cipayos.

Sir Franck se disgustó sobre manera.

La entrevista se cambió en visita domiciliaria; mientras que la guardia cuidaba del antiguo Residente, una horda de agentes hacía un examen minucioso de su equipaje.

El resultado de las pesquisas fué favorable á sir Franck. Durante su estancia en Nepaul apenas había reunido una docena de millones. Desde la conquista ningún procónsul inglés se había portado con tal moderación.

El miembro del Consejo se deshizo en excusas; pero como ya hemos dicho, sir Franck estaba descontento.

Provocó en duelo al miembro consejero, y entabló proceso contra la Compañía. El primero recibió una bala entre las dos cejas; y la segunda fué condenada á

pagar setecientas mil rupias por daños y perjuicios, que sir Franck donó á hospitales. Después se embarcó para Inglaterra.

Su duelo y su proceso lo pusieron en boga. Se hablaba mucho de él en Calcuta y se comentaban los hechos maravillosos de su juventud.

Antes de ser importante y apático, sir Franck había sido un hombre de aventuras. Sus cazas de tigres habían sido epopeyas, y había recorrido en sus exploraciones los distritos del Norte que en Calcuta y Bombay sólo de nombre se conocían. Los mejor informados pretendían que á su vuelta á los estados de la compañía, cuando fué nombrado Residente en Nepaul, llevaba con él á una niñita de cinco años, cuya madre era desconocida.

Sir Franck era entonces un joven lleno de vigor... uno de esos ingleses, hijos de la India, que son superiores á los de Europa. Estaba lleno de ardor que no se había gastado con las luchas gigantescas contra los leones y tigres de los juncas; sin embargo, después de esta época, ninguna historia de amor se pudo contar acerca de él. Bien parecido como era, precedido por su reputación de caballero errante, y ocupando, en su juventud, una posición de primer orden, sir Franck, que era el punto de mira de una veintena de ojos bellos, permanecía voluntariamente indiferente.

Alrededor de él la curiosidad se hizo feroz; las mujeres, heridas en su amor propio, se hicieron eco de un sin número de narraciones. Escudriñaron su vida... pero ¡id á buscar el secreto que un hombre esconde

más allá de las fuentes del Indu! Sin embargo, una historia empezó á circular, hallando crédito entre las damas.

En cierto lugar, imposible de precisar, lejos, más allá de Candahar y Cabuc, cerca de las últimas cadenas de montañas Naugraent, había una familia de Brahmines que vivían en la más completa soledad. Era toda una tribu, y como sus miembros habían adoptado el cisma de Scikhs, ejercían al mismo tiempo la profesión pontifical y la de las armas.

Sir Franck había recibido la hospitalidad del jefe de la familia, que tenía varias hijas; las que, siguiendo las costumbres fáciles del país, rodearon al extranjero.

Solo Nowla, la hija menor del Brahamín, atrajo la atención del explorador. Sobre su cuerpo de alabastro caía con profusión su cabellera de ébano, perfumando el ambiente con su aroma embriagante. Era sacerdotisa por derecho de nacimiento, y vivía en la pagoda negra, consagrada al culto de Siva, dios del mal.

Las sacerdotisas de la India que conocemos con el nombre de bayaderas, y que tienen en realidad el de Devadassí, no son vestales; por el contrario, la pagoda es un lugar de placer.

Pero las jóvenes consagradas sufren la ley común á todos los brahmines: deben evitar con cuidado el contacto con miembros de otra casta.

Franck se enamoró perdidamente de Nowla, y ésta, bien pronto tuvo que ocultarse en la montaña para dar á luz á su hija. Era la niña que el Residente había llevado á Nepaul.

En este punto la historia se embrollaba, y muchas versiones circulaban; sin embargo, la más acreditada tenía como desenlace un combate.

Fué entre los juncales, dentro del círculo terrible que los cazadores indios trazan alrededor del tigre enfurecido.

Los hijos del patriarca habían colocado á Franck entre ellos y los tigres aculados á un torrente infranqueable. El, por su parte, tenía por costumbre marchar solo á unos cincuenta pasos delante.

Colocados como queda dicho, atacó á un tigre real de talla inusitada. Por lo regular, cuando se le había concedido el honor de entablar así la lucha, los jóvenes brahmines corrían en su ayuda, y á menudo tuvo él que alejarlos con gestos y palabras para quedar solo cara á cara con su adversario en las condiciones de un duelo salvaje. Pero esta vez nadie se movió. La fila de brahmines quedó inmóvil y muda como un muro. El tigre había desgarrado la pierna del caballo de su huésped, y la pobre bestia había caído. El tigre se encontraba entre los indios y Franck en tierra. Las otras fieras, menos emprendedoras, pero acaso más voraces, abandonaban ya su guarida y saltaban en zig-zag, entre las altas yerbas dirigiéndose hacia la fácil presa.

Tras de la fila de cazadores, Nowla y sus compañeras, acostadas sobre los dorsos de los elefantes, miraban; y Nowla tenía entre sus brazos á su hija Miriam que hacía pasar por hija de pagoda.

Al ver esto, se levantó, y con los brazos tendidos gritó :

— Socorro, hermanos míos; ¡ nuestro huésped va á morir !

El círculo de brahmines permaneció silencioso.

El patriarca, sentado sobre el elefante sagrado, cruzó los brazos y pronunció silbando estas palabras :

— ¿ Cuántas noches hace que Siva pide la sangre de un hombre ?

La bella Nowla se tendió, pálida como la muerte, en los cojines de su palanquín. Oprimió á su hija contra el pecho, mientras un torrente de lágrimas rodaba por sus mejillas. Si adivinaban su secreto, Franck sería condenado.

El tigre real, volteándose, saltó sobre el joven. Los brahmines lanzaron un grito.

Franck vió venir á su enemigo; estaba de rodillas, con el revólver en la mano : sonó un tiro, y la fiera cayó agonizante á dos metros de su enemigo.

Pero la tropa entera de felinos llegaba...

Franck cogió su lanza y comenzó á retirarse á reculones.

— A vosotros, muchachos, clamó dirigiéndose á los hijos del patriarca; — ¡ aquí hay tigres por docenas !

Pero nadie respondió...

Sólo en el gran silencio pareció escucharse un gemido de mujer.

¡ Era la voz de Nowla !

Entonces fué cuando notó el cazador que sus compañeros dirigían hacia él sus lanzas y sus flechas.

— ¡ La sierva de los dioses que tuvo contacto con un

cristiano, pronunció la voz silbante del patriarca, — caiga la casta maldita; su padre y madre con ella..., con ella sus hermanos y hermanas!

Las hermanas de Nowla se alejaron de ella con disgusto.

Algunas flechas atravesaron el aire vibrando, y los vestidos de Franck se tiñeron de púrpura.

Los tigres ya llegaban.

El viejo brahamín tendió las manos sobre la cabeza de sus hijos, y dijo aún :

— El que es mordido por la serpiente Nelye, se cura frotando la cabeza del reptil sobre la mordedura... Hijos, ¡ cumplid la voluntad de Siva!

Franck se hallaba en medio de la nube de polvo levantado por la carrera desordenada de las fieras. Un sin número de flechas hendieron el aire, y se oyeron algunas detonaciones. Sólo la sangre del cristiano podía restituir á la familia el rango perdido; así lo quiere el cisma de los Indios del Norte.

Entre los dos ataques, Franck permaneció un instante sorprendido; pero no tenía tiempo de estarlo mucho. En la nube de polvo se oía un murmullo confuso, lleno de bramidos siniestros; y habiéndose aclarado un poco, tres tigres heridos se lanzaron, contra el muro humano que les cerraba el camino. Tras ellos venía el cristiano todo ensangrentado.

Los tigres abrieron un agujero en el círculo de los brahmines atemorizados.

La lanza de Franck se elevó cuatro veces, y cuatro hijos del patriarca cayeron.

Nowla tendió la pequeña Miriam á Franck, que la cogió.

— Por tu Dios! suplicó, no la abandones, que ya no tiene madre.

Algunos momentos después, los tigres habían huido por el camino que se habían abierto.

Los hijos del patriarca, repuestos ya, cerraron su círculo, y se aproximaron á Franck, cuyo caballo estaba muerto, y que sólo tenía un brazo para defenderse, pues con el otro sostenía á su hija.

Ya no había tigres, pero el peligro en lugar de haber disminuído, aumentaba de momento á momento, porque los brahmines se estrechaban contra él obligándolo á retroceder hacia el torrente que aun las mismas fieras no pudieran franquear.

La cascada que mugía tras él no tenía orillas: Era un agujero largo, cortado á pico, en cuyo fondo bramaba el agua. La muerte era inevitable.

El día caía. Franck tuvo que sostener el esfuerzo de sus enemigos hasta que fué de noche. Entonces, solamente, obtuvo algún respiro. No pudiendo perseguirle en las tinieblas acamparon á su alrededor, bien seguros que le encontrarían en la mañana.

Por fin vino el día, después de una noche huracanada y lluviosa; pero Franck ya no estaba.

Los hijos del patriarca se inclinaron ávidamente hacia el torrente, pero el abismo insondable guardaba su secreto.

— Hemos restregado la serpiente sobre la llaga, afirmó el viejo.

Sin embargo, como no pudieron presentar el cadáver, su tribu fué, en la montaña, un objeto de reprobación.

Durante el combate también Nowla desapareció.

El más joven de los hijos del patriarca se cortó la barba y abandonó la montaña, jurando que si el cristiano vivía, él llevaría su cabeza para borrar la mancha de su nombre.

V

EL ALDERMAN ADRIÁN

Tal era la novela inédita que corría por Bengala, Golconda y Misors. ¿Qué había de verdad? No nos encargaremos de decirlo. Sólo podemos afirmar que la novela tuvo continuación, cuya primera parte pasó á la vista de todo Nepaul.

Hacia más de un año que sir Franck ocupaba el palacio de la Residencia en Katmandon. No podemos tener una idea, en Europa, de la magnificencia de los delegados del poder inglés. Estaban servidos por ejércitos de esclavos, y lo que se pueda contar acerca del lujo de los antiguos reyes de Francia, se puede aplicar á ellos.

En cuanto se abrían las puertas del palacio, y aparecía la trompa venerada del elefante de sir Franck, la ciudad en masa se prosternaba clamando : — Salud, ¡ oh sol!

Una tarde, el ejército de esclavos que velaban bajo el

peristilo del palacio, vió acercarse á una mujer pálida y delicada que se dejó caer sobre los mármoles llorando. Quería hablar, pero los sollozos le cortaban la voz.

Sobre la terraza, en una cuna de plata maciza, dormía la pequeña Miriam, y un enjambre de mujeres, adoraban su sueño.

Los cipayos que formaban la guardia exterior quisieron alejar á la extranjera. Esta se resistía, y durante la lucha, vió brillar en la terraza la cuna de plata. Entonces estalló su voz entre sollozos :

— Miriam! Miriam! — clamó.

La niña despertó y murmuró :

— Oigo la voz de mi madre... en sueños...

— Miriam! Miriam! — repetía la pobre mujer.

La pequeña salió de su cuna, y corrió á la balaustrada, respondiéndole :

— Madre!... Madre!...

Las puertas del palacio se abrieron para la extranjera que Miriam llamaba madre. Sir Franck dijo una palabra, y las gentes de su casa, así como la cohorte de esclavos, se prosternaron á sus pies.

Hacia mucho tiempo que no se había visto sonreír á sir Franck, y que no se le había visto alegre. La sonrisa volvió, y fué feliz... durante una semana.

Nadie sabía quién era, ni de dónde venía la mujer misteriosa.

Al día siguiente de su llegada á palacio, llegó á Katmandon, uno de esos indios que hacen el comercio en toda Asia y se dan el nombre de banianos. Parecía muy pobre y se hacía llamar Sauton.

Durante ocho días se le vió ocuparse de transacciones que la ligereza de su peculio tornaba difíciles. Por la noche se le perdía de vista, y empezó á murmurarse que se entregaba á trabajos equívocos, y que no tenía como fin el comercio.

Se rodeaba de todos los indios descontentos que había en Katmandon y sus alrededores.

La policía se puso en guardia, é iban á tomarse medidas eficaces, cuando una noche el palacio del Residente fué quemado de todo á todo. Durante el incendio se dispararon varios tiros contra sir Franck sin tocarle ninguno.

Se informó al Residente, que la mujer á quien Miriam llamaba madre había sido vista muerta, con un gran puñal marato en el dorso. Nada pudo confirmar este rumor porque no se encontró el cuerpo.

En cuanto á Miriam, también había desaparecido en su cuna de plata.

Cuando supo sir Franck esta doble desaparición, se encolerizó por modo tal, que hablaba nada menos que de asolar á sangre y fuego todo el Nepaul si no se detenía á los supuestos asesinos de Nowla, y ladrones de la hija.

Pero no pudo descubrirse nada.

En la noche de la catástrofe, Sauton, el Baniano, había huido.

Después de esta época, sir Franck se confinó en una soledad absoluta. Entonces le llegaron noticias de la muerte de su hermano Rowland y de su hermana Nancy. Mucho los había amado, y sus cartas venían

periódicamente á despertarlo en su soledad, trayéndole como ecos lejanos de la patria y de la vida.

Cuando murieron estas voces, tuvo miedo de su aislamiento.

Aun tenía un hermano, el alderman Adrián, pero no lo conocía, pues estaban separados desde la infancia; y por otra parte, el alegre negociante de la cité tenía más que hacer que dar noticias de su familia.

Sin embargo, este digno traficante no había olvidado que tenía un hermano en las Indias.

No ignoraba la posición eminente de Franck y aun se honraba con ella ante sus corresponsales. Esto era una porción de su haber, un trozo de su crédito.

Este buen alderman tenía cincuenta años, pero no lo quería creer y se portaba como muchacho. Cuando pensaba en su hermano, sus ideas tomaban un tinte rosado.

Franck no era un muchacho, y los temperamentos más fuertes se acaban bajo el sol de Asia. El excelente Adrián veía en su hermano lo que solemos llamar « un tío de América. »

El era rico: no se puede ser alderman de la ciudad de Londres sin esta condición. Era rico, y su crédito desafiaba en solidez las gruesas murallas de San Pablo.

Pero la ciudad de Londres vé, á menudo, caer, comerciantes de ostras y de algodón, cuya caja monumental parecía prometer una duración igual á la de las pirámides de Egipto.

Nadie sabe!

Acaso el digno alderman se había arruinado por sus sobrinos.

Había en Lincoln-y-fields un viejo solicitador que afirmaba — mala léngua — que el alderman Zephyr no había rendido cuentas al joven sir Dick Crankle, ni á la bella Srita María. Ambos tenían que recibir muy buenas cantidades.

Verdad es que el viejo solicitador era del partido de John Steeble que había perdido las últimas elecciones municipales contra Adrián.

Una tarde, el digno alderman recibió una carta de Calcuta. Su corazón palpité con más fuerza, y observó el membrete.

Si el membrete hubiera sido negro, Dios sabe cuáles hubieran sido las dulces emociones del excelente magistrado.

Pero el membrete era verde.

— ¡Esperanza! se dijo, vaya pues!...
Abrió la carta que decía así:

« Mi querido hermano,

« Me embarco mañana en el vapor Creolian; iré á tu casa, si no te molesto, y si quieres dejaré en depósito en tus manos el resultado de mis economías.

« Estoy viejo y triste, querido hermano. Ojalá de otro modo te encuentres.

« Te suplico digas á Dick y á Mary que les va á llegar un padre.

« Tu afectísimo hermano,

« Franck ZEPHYR. »

Era la primera carta que el alderman recibía del tío

30147

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE LA S"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

de América. Dejó la carta á su lado, sobre el buró. Estaba rojizo y sus ojos grises relampagueaban.

— Un padre!... gruñó, muy bien... Pero... ¿yo?

Cogió un mondadientes y le dió vueltas entre sus dedos, con evidente mal humor. Parecía que la carta no le agradaba.

— Ta... ta... ta, murmuró, éstas son palabras; lo importante es el montante de las economías.

Arrojó el mondadientes y volvió á tomar la carta.

— ¿Viejo? murmuró; y bien, porqué nó, el clima de Nepaul debe contar dobles los años. Franck tiene treinta y seis, es decir: setenta y dos!

Se levantó para darse un golpe en el pecho alegremente.

— Y bien! yo solo tengo cincuenta; estoy hecho un muchacho.

Llamó con la campanilla.

— Diga á mis sobrinos Mary y Dick que vengan, ordenó al ayuda de cámara.

Cogió la carta de Franck y la guardó precipitadamente en la bolsa.

Dick y Mary llegaron juntos.

— ¡Ah! ¡ ah! exclamó alegremente, he recibido una carta. ¿A que no adivináis de quién es?

Se frotó las manos dándoles tiempo de reflexionar; después fijando en ellos sus ojos de bull-dog:

— De mi hermano el Residente... dijo.

— ¿De nuestro querido tío Franck? dijeron juntos.

— Justamente, respondió el alderman. Parece ser que el pobre muchacho se halla en un estado lamen-

table... hasta ahora no había dado señales de vida... pero si tiene necesidad de mis cuidados y aún de mi bolsa, Dios sabe que conocemos nuestros deberes!

Dick y Mary se miraron sin poder ocultar su asombro.

— Una cosa singular, continuó Adrián, es que no me dice nada de vosotros. Y los examinaba con el cabo del ojo.

Las miradas de los jóvenes se cruzaron de nuevo.

— ¿Qué piensas? parecía preguntar el ojo de Dick.

— Nuestro tío nos engaña, porque Franck nos ama, estoy cierta, respondía el ojo límpido de ella.

— Pero estad tranquilos, queridos míos, mientras Adrián Zephyr viva, mi pequeño Dick, y mi pequeña Mary no necesitarán de ningún otro; ¡yo lo juro!

Y pronuniciando con calor estas últimas palabras, el digno hombre dejó escapar una lágrima amarga.

VI

LA CAJA DE SÁNDALO

El barco que llevaba á sir Franck á bordo, también llevaba la caja de sándalo que contenía el maravilloso Pundjaub que la C^{ia} de las Indias enviaba á Londres como regalo á la reina Victoria.

El Koh-i-noor estaba estimado en la suma mezquina de dos millones de libras; es decir: cincuenta millones de francos; pero por fabuloso que sea este valor, era muy inferior al convencional que los Budistas le daban.

Para ellos, este diamante era una emanación directa y sagrada de los dioses.

« Bajándose » para tomar esta joya venerada, el sargento conquistador, ó el marino renegado, habían sembrado el duelo en siete ú ocho millones de hombres.

El Creolian dirigió su proa á la punta oriental que cierra las bocas del Ganges.

Cuando se le vió hender las olas azules de la bahía, un clamor inmenso se elevó. Había varios millares de

indios prosternados en la arena, golpeando el suelo con sus frentes, llorando, retorciéndose los brazos como poseídos, y pidiendo á los tres dioses una manifestación palpable de su cólera.

Siguiendo la creencia general de los indios, iban á asistir al naufragio del Creolian, que se hundiría, á menos que el dios del mal no prefiriese envolverlo en una tromba de fuego.

El Creolian, corriendo viento de Noroeste, con las amuras de estribor, se dirigía á la punta de las Palmeras. Poco á poco se fué perdiendo en el horizonte, hasta que fundió entre la línea azul del cielo y la del mar su silueta.

Entonces, en lugar de acusar á sus dioses, y de blasfemar, todos los indios se levantaron prorrumpiendo en gritos de alegría. Puesto que la cólera celeste no había destruido al Creolian, claro estaba que tal barco no llevaba el deposito sagrado que debiera causar su pérdida.

Los dioses no hubiesen dejado partir su señal gloriosa en manos de extranjeros. El Koh-i-noor estaba en la ribera indígena.

¿Dónde? Nadie lo sabía; pero más de un fakir tomó un aire misterioso para dar á comprender que el escondrijo del talismán sagrado no sería siempre desconocido.

Esta nueva feliz, atravesó con rapidez de relámpago el inmenso territorio asiático, desde Birman hasta Cabul, y desde Thibet hasta el cabo Comorin.

El caso es, que el gran grito de gozo lanzado por los

indios, tuvo como un eco en el Consejo superior de la Compañía que se reunió algunos días más tarde.

Se habló de la destitución de sir Franck; esto los llevó forzosamente á contarse la visita domiciliaria á casa del ex-residente, su duelo, su proceso tan oneroso para la Compañía, y por fin su partida.

Hablaron de la opinión establecida de tiempo atrás en la India, y las dudas que había de sir Franck, antes de la visita, volvieron á encontrar crédito.

Por una rara casualidad, á la misma hora del mismo día, pasaba algo análogo á bordo del Creolian.

Cuando el navío estuvo en alta mar, el miembro del Consejo superior encargado de acompañar al Koh-i-noor, designado ya con el nombre de Lucifer (portador-de-luz) creyó poder pedir una entrevista á sir Franck Zephyr. Por otra parte, esa fué la única vez que se aproximaron en el viaje.

El miembro del consejo hizo un largo discurso que podía resumirse así.

El robo del Koh-i-noor sería un robo inútil desde el momento « que nadie en el mundo lo compraría ».

De este discurso, al cual solo prestó sir Franck una atención mediocre, tuvo naturalmente que deducir que alguien había robado el Koh-i-noor.

— Vuestra Señoría, respondió Sir Franck con sangre fría, me permitirá entonces preguntarle lo que lleva en la caja de sándalo.

El Consejero, indeciso, le miró fijamente.

— Pues... el Koh-i-noor! balbució.

Su aire turbado]parecía decir :

« Sir Franck, acaso vos pudierais informarme sobre esto. »

Pero la desgraciada suerte de su colega en Calcuta, encargado de la visita domiciliaria, le vino á la memoria y explicó de otro modo su pensamiento. E hizo bien.

Sir Franck, no encontrando malicia alguna en ello, respondió con altivez :

— Puesto que el diamante está en su estuche, no comprendo el sentido de vuestras palabras, milord.

Y levantándose añadió saludando fríamente :

— Si por el contrario, el Koh-i-noor no está en su estuche, ¿qué es lo que vais á ofrecer á nuestra Graciosa Soberana?

— Pero en lugar de irse, como había iniciado, giró sobre sus talones y terminó :

— El hecho es que me agradaría saberlo. Completamente vencido, el delegado del Consejo permaneció mudo :

— Como vos hoy, continuó sir Franck, en tono cada vez más altivo, yo fui encargado de transportar la caja de sándalo... yo tengo mi recibo... y os recomiendo, milord, de pedirlo por duplicado.

VII

UN BUEN HERMANO

A la llegada del Creolian á las aguas del Támesis, el Lucifer ya era conocido, ya era ilustre. Naturalmente, la Compañía tuvo gran interés en hacer mucho ruido en torno del regalo destinado á la reina. Desde las alturas de la aristocracia bajó al nivel popular; su nombre volaba de boca en boca y se sabía que iba á ser exhibido á nombre de la Reina.

Un Francés, lapidario de gran mérito, fué encargado de tallarlo á facetas, y un ingeniero construía una máquina especial para proteger al diamante contra robos.

Fué una fiebre loca, en cuya comparación la « golden fever » fué tortas y pan pintado.

Había restaurantes Lucifer; hoteles, coches, vapores, corsés, zapatos y hasta cigarros Lucifer!

Había polkas, globos, caballos, refrescos, faldas, bailarinas, y... « señoritas » Lucifer!!

Y si el gran telescopio del observatorio de Londres

hubiese descubierto, en aquel entonces, algún nuevo planeta, se le hubiera inevitablemente bautizado con el nombre de Lucifer!!!

Si la partida del Creolian había sido saludada por doscientos mil indígenas, su llegada lo fué por cuatrocientos mil ingleses.

Mientras toda una multitud se oprimía en el puerto y á lo largo del Támesis, los marineros indios del Creolian desembarcaban en Southwarek, y bebían su primer vaso de cerveza dando gracias á los dioses por haber escapado á los peligros de esta travesía.

Como sus hermanos de la bahía de Bengala, estaban convencidos que el talismán de la fe india no venía en el Creolian. El navío no se había hundido y esto era una prueba irrefutable.

Al mismo tiempo, en otra esfera, una idea del mismo género, si no parecida, nacía y se agrandaba.

Sir Franck Zephyr había sido el encargado de transportar el diamante á través de Nepaul y de Bakoor, y sir Franck fué destituido en seguida de haber cumplido.

¿Qué le había pasado á la « montaña de luces » entre las fronteras de Lahor y de Bengala?

¿Acaso el misterioso sir Franck, llevaba en el fondo de sus maletas el talismán de los Scikhs, el ojo del Dios?

Como todos saben que Inglaterra es el país más libre del mundo, no emplearemos la triste palabra « cuarentena » para caracterizar el retardo que sufrió sir Franck en su desembarco.

Con efecto, todos los del Creolian pudieron bajar á

tierra desde el primer día; los delegados de la Compañía se llevaron la caja de sándalo, pero al residente le suplicaron que esperara algunas horas para llenar ciertas formalidades.

Las horas se convirtieron en dos días, y sir Franck, dando pruebas de soberano desprecio, ni pronunció palabra, ni tan siquiera dió muestras de apercebirse. Cuando le preguntaron si deseaba recibir visitas, contestó que no.

Mientras el antiguo Residente estaba como prisionero, vino á bordo un personaje, entre dos edades, vestido de negro, de cuerpo largo, de figura flaca y de mirada penetrante pero llena de dulzura.

Oficiales y marineros le saludaban, pero volteando la cabeza á medias.

Cuando, por fin, se permitió á sir Franck desembarcar, el personaje incógnito también abandonó el navío.

El primero se hizo conducir á Poultry, á casa de su hermano el alderman; y el segundo montando en un cab dijo al cochero simplemente:

— Poultry!

Franck Zephyr entró en casa de su hermano, y el hombre del cab descendió á la puerta y empezó á pasearse en la acera.

En verdad que era grande y fuerte la casa del alderman Adrián Zephyr C^{ia}.

El ex-residente atravesó las grandes y severas oficinas, donde muchos empleados, que parecían encajonados, trazaban bellas muestras de escritura inglesa sobre grandes registros bien empastados.

Era la atmósfera pura de la Cité pero ya comenzaba á sofocar al profano.

El alderman estaba en su gabinete cuando anunciaron á su hermano.

Se levantó rápidamente suspendiendo una suma que hacía.

— Soñaba con él, exclamó.

Y decía verdad el honrado Adrián, un sueño feliz en que había visto á su hermano moribundo, decrepito, triste, como la carta de Calcuta decía.

Un hombre estaba delante de él, de alta estatura, cuyo porte tenía una elegancia juvenil, en cuya frente, pálida, pero de palidez viril que no excluía el vigor, estaba coronada por abundante cabellera negra, sedosa y ensortijada.

— Este no es mi hermano... pensó el pobre de Adrián.

Y como el otro avanzaba hacia él, añadió mentalmente:

— El pobre diablo reirá bien de mi sorpresa.

— Yo te saludo, hermano mío, dijo en este momento el desconocido tendiendo la mano cordialmente.

Adrián Zephyr quiso responder, pero no pudo; se había tornado purpúreo, como si dos manos le hubiesen apretado la garganta.

Sus sueños y sus cálculos le habían cruelmente ilusionado.

No sólo los años de su hermano no se habían contado dobles, no sólo el clima propicio de la India no había vuelto septuagenario al nabab de treinta y seis años,

sino que ese país, atrozmente calumniado, le enviaba un hombre más joven que su edad.

Así pensaba el alegre alderman. Su hermano tenía una belleza y fuerza insolentes. En lugar de un « tío de América » le llegaba... un sobrino. Un heredero en lugar de una herencia !

Lo que pasó en el espíritu del leal inglés no podremos decirlo. Había levantado castillos en el aire, y brutalmente habían sido destruídos.

En verdad que debió soñar en vengarse.

En lugar de tomar la mano que Franck le tendía, saltó á su cuello y lo abrazó contra su pecho.

— ¡Por fin ! exclamó en un arranque de júbilo perfectamente fingido. Ya he visto á mi hermano menor, con buena salud, en mi casa y no tengo más que desear en la tierra.

El Residente, hecho á las costumbres de la India, permanecía tan frío como su hermano expansivo.

Sin embargo, le dió su abrazo con cierta emoción.

Contempló al hombre rojo y grueso que tenía ante sí, con su frente calva y reluciente, con su sonrisa franca, y sus palabras amigas.

El gordiflón le plugo; sintió alegría de tenerle como hermano.

Francamente, para ensayo de la comedia que hacía, el alderman alcanzó un triunfo más importante de lo que creía.

Sir Franck Zephyr se vanagloriaba de tener el golpe de ojo pronto y preciso. Desde la primera entrevista un hombre le agradaba ó no.

Al hombre que le gustaba, le entregaba su confianza, y si le displacía, no había ya para qué hablarle de él.

Sir Franck dejó su cartera sobre el escritorio del comerciante, y éste tuvo que hacer un esfuerzo heroico para no volver los ojos.

— Tú serás mi cajero, hermano, dijo Franck. He ahí poco más ó menos lo que poseo. Hay bastante para mí, para Mary y para Dick.

Adrián pensó, no sin sentimiento, que se le excluía del reparto.

— Yo soy joven como tú, hermano mío, dijo, estirando su corta estatura. Como tú, soy rico, y si le place á Dios, nada ha de faltar á los dos muchachos.

Franck le estrechó las manos, con más calor.

— He aquí un corazón digno, pensó. Cómo siento no haberle conocido antes.

Por su lado, el alderman pensaba con amargura:

— Hay bastante para ellos tres... Bien, pero ¿y yo? Levantó la voz para preguntarle :

— ¿Te quedarás conmigo?

Sir Franck sonrió :

— Bien lo quisiera, respondió, pero tu casa no es bastante grande para dar cabida á toda la gente que he traído de la India. Me comprarás una casa, en un barrio que escogeremos juntos, y si quieres hacerme feliz, dejarás que vivan conmigo, para consolarme, los hijos de mi hermana Nancy y de mi hermano Rowland.

El alderman se levantó sobre la punta de los pies y palmeándole la espalda exclamó :

— Pardiez, yo te consolaré Franck. Tú no sabes qué

vida llevamos en Londres, nosotros, ingleses de la vieja Inglaterra! Te llevarás los muchachos si te place; pero, créeme, en una semana ya no sabrás lo que es la tristeza.

Después continuó exagerando el tono de franqueza :

— Veamos, cada uno á sus negocios, Franck. Aquí no ganamos el dinero tan fácilmente como los Residentes de la Compañía. Anda á pasearte un poco, á ver á Londres, la Reina del Universo, como bien sabes. Habrá fiesta en casa esta noche para celebrar tu llegada: verás á sir Dick y á miss Mary, que te recibirán como deben; así lo espero.

Franck no prestó atención á las últimas palabras; pero el amistoso consejo le plugo, pues que se levantó diciendo :

— Voy á buscar mi casa.

VIII

PRIMEROS PASOS EN LONDRES

En cuanto se fué su hermano, el alderman corrió á la puerta, echó el pasador, volvió al escritorio, cogió la cartera y empezó á contar los papeles ahí contenidos haciendo cálculos mentalmente.

— Trescientas cincuenta mil libras esterlinas, murmuró por último. Títulos que valen oro en barras!... y para ganar esto, no tuvo sino que extender la mano!

Se limpió las sienes inundadas de sudor.

— Por otra parte, continuó, si la historia del brillante es verdadera, aún le queda en la bolsa un buen refresco para la sed!

Sus ojos no podían separarse de la cartera, que ejercía en él una especie de fascinación.

— Si yo tuviese la mitad de esto, pudiera montar en mis buenos caballos, enviar á todos los diablos á los usureros que prolongan la agonía de mi crédito... rendir cuentas á Dick y á Mary, que dentro de dos meses,